



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Comprender mejor este incommensurable misterio

Es todo un itinerario bautismal el que hemos realizado desde la celebración de la pascua del Señor, el pasado domingo, hasta el presente que el Misal denomina con este nombre: **Segundo Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia**. Pretende facilitar un conocimiento mayor, en clave sapiencial, del misterio celebrado.

Las antífonas de entrada, con las que se abre la celebración, merecen ser rumiadas en un marco de quietud, saboreando el gozo que desbordan como expresión del sacramento recibido o renovado en la vigilia de la Noche Santa. Es lo que se pide en la oración colecta: «comprender mejor este incommensurable misterio» de la filiación divina; para ello necesitamos apoyarnos «en la sola esperanza de tu gracia del cielo» (Or. col.V domingo del tiempo ordinario).

Echándonos en los brazos de la Iglesia

Comienza la eucaristía de este domingo segundo de Pascua, con un texto de la primera carta de Pedro:

«Como niños recién nacidos, apeteded la leche espiritual no falsificada, para con ella crecer en orden a la salvación» (1 Pe 2, 2). Su íncipit latino le da también nombre a este día.

Es la invitación que nos hace el Señor a que seamos como niños para poder entrar en el reino de los cielos cfr Mt 18, 3-5. Es el camino de la infancia espiritual que tantos santos recorrieron y, en concreto, santa

Teresa del Niño Jesús.

El niño nos sorprende cuando actúa como "teólogo". Es amigo de todos y no tiene prejuicios. Si llora, pronto vuelve a sonreír. Acepta las verdades de la fe con sencillez de corazón y sabe asombrarse. No pierde la esperanza de poder mejorar. Para el recién nacido es vital el alimento que brota del pecho de su madre.

Apetecer esta "leche espiritual" es la ocasión para reavivar y profundizar este misterio; es lo que nos llevará, como afirmará Tertuliano en su obra **De Baptismo**, a echarnos en brazos de la Iglesia -nueva Eva formada del nuevo Adán dormido en la cruz- que se ha convertido en nuestra madre y nos ofrece este sabroso y preciado alimento.

Clemente de Alejandría concluye su **Pedagogo** con un himno en el que dice:

"Oh, Jesucristo, leche celestial que mana copiosamente de los dulces pechos de tu bendita esposa... Reúne en torno tuyo a tus hijos en su sencillez, para que te celebren santa y valerosamente con inocentes labios a Ti, Cristo, guía de los niños".

Glorificando a Dios por su misericordia

Por medio de este sacramento se entra a formar parte de una familia, y este término proviene del latín «fames» (hambre); la familia está formada por miembros que comen en la misma mesa, bajo el mismo techo, parten el mismo pan.



Este es el regalo que nos hace y que nos mueve a dar gracias a Dios "porque es eterna su misericordia". Pero ¿qué es la misericordia de Dios? Hay varias palabras en la Biblia que se traducen como "misericordia". En el Antiguo Testamento encontramos el término "רַחֲמִים" que significa, entre otras cosas, bondad, misericordia, gracia, amor y fidelidad. Los verbos que expresan la acción de tener misericordia son: "אָפַתְחָן" (apiarse) y "רָחַם" (compadecerse).

En el Nuevo Testamento encontramos la expresión griega "ἔλεος/eleos" que se refiere a la manifestación externa de la compasión: Jesús, «manso y humilde de corazón», brinda alivio y descanso a todos los atribulados (Mt 11,28 ss.) y lo hace reconciliando y salvando. De ahí que, en este tiempo de Pascua, constantemente se escucha el canto del aleluya: **expresión de alabanza para glorificar a Dios por su bondad**.

Por medio de este canto, empapado en gratitud, se reconoce y se celebra que hemos sido rescatados por la misericordia de Dios, que se ha manifestada en la obra de Cristo en la cruz. Es el canto de los redimidos, tal como se recoge en el libro del Apocalipsis (Ap 19, 1-2.5-7), que a lo largo de esta semana pascual hemos venido cantando en el oficio de Vísperas y que, a modo de eco gozoso, se prolonga a lo largo de todos los domingos del año (excepto en Cuaresma). Es un saborear en el tiempo -en clave sacramental- la llamada que se nos hace a formar una **comunión de alabanza en torno al Cordero**.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 117, 1-2. 16ab-17. 22-23 (R.: 24)



1 Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

2 Diga la casa de Israel:

eterna es su misericordia.

16 La diestra del Señor es poderosa,

la diestra del Señor es excelsa.

17 No he de morir,

viviré para contar las hazañas del Señor.

22 La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.

23 Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente.

Comenta san Agustín que el Espíritu Santo nos exhorta, en numerosos pasajes de la Escritura, a que alabemos al Señor. En este salmo, en este día, nos brinda el motivo: **“porque es bueno”**. Como expresión de su benevolencia: **“Este es el día que hizo el Señor”**. Es bastante obvio que el Señor ha hecho todos los días. Nada escapa a su voz, a su providencia. Todos los momentos son suyos de su fidelidad a lo creado. No ha pasado un día sin que el sol salga, alcance su cenit y luego se ponga para dar paso a la noche. Todas las jornadas son bendecidos por el Creador. Pero hay, sin embargo, grandes días en la historia de los pueblos.

Para los judíos, el día por excelencia, el que se celebra en este salmo 117 [118] es el del **paso del Mar Rojo**, el día de la pascua, el día de la manifestación deslumbrante del amor predilecto de Yahvé por Israel.

Para los cristianos, el día que el Señor hizo es

también éste, pero es una pascua eterna, tan eterna como la misericordia de Dios. Es **el día de la resurrección de Jesús**. Esta es la buena noticia en la historia de la humanidad. Un hombre ha vencido a la muerte, se ha revelado como dueño de la vida y nos la quiere regalar.

El Espíritu Santo, para llenar de vida la memoria de la Iglesia, ha establecido que se encuentre presente en la liturgia de las Horas de cada domingo, particularmente en estos días pascuales, como constante recordatorio. En ella lo encontramos, bien en las laudes matutinas, bien en el hora intermedia.

Esto hace que la mañana del octavo día se llene de la sorpresa de esta fiesta. Uniéndonos a las mujeres miróforas que han descubierto su tumba vacía, alzamos nuestras voces para saludar el nuevo amanecer con gritos de triunfo y, de este modo, se hace realidad en nuestras asambleas litúrgicas lo que el salmo afirma y celebra: *“Hay cantos de victoria en las tiendas de los justos”*.

El Salmo 117 es el canto de la tumba vacía. Es a Jesús resucitado a quien decimos, junto con las mujeres portadoras de perfumes:

“Tú eres mi Dios y te doy gracias, Dios mío yo te ensalzo”.

Con María Magdalena lo reconocemos como *“¡Rabbuni!”*

A quien lleno de gloria y majestad rompe las cadenas de la muerte, con las palabras del apóstol Tomás confesamos: *“¡Señor mío y Dios mío!”*.

En la resurrección sentimos con gozo que *“el Señor es Dios el nos ilumina”*.

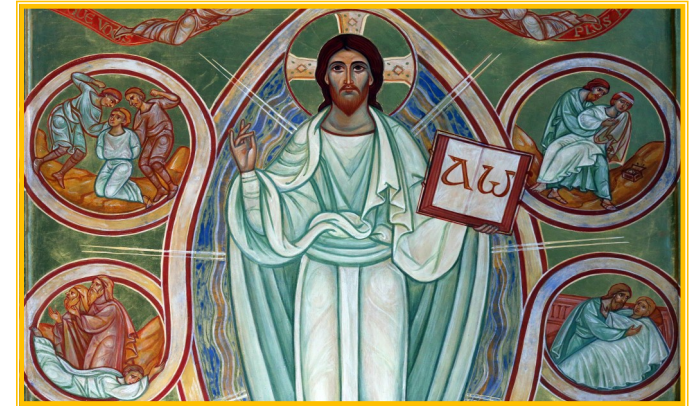
Esto es lo que le llevó a Dom Guéranger, abad de Solesmes, a recomendar **ser aleluya de la cabeza a los pies!**



En la fuente de agua viva

**Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis**

**II Domingo de Pascua “B”
o de la Divina Misericordia**



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Pedro tomó la palabra y dijo: **Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea... Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».**